

LA ACADEMIA DE LA LENGUA EN SU 84° ANIVERSARIO

PEDRO PABLO BARNOLA, S. J.

Director de la Academia

La fundación el año 1883 —hoy hace ochenta y cuatro años— de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Academia Española, más que una novedad de gran importancia en el orden de la cultura, fue en cierto modo un como reconocimiento y paladina aceptación de hechos previos que señalaban a Caracas como ciudad con bien ganadas credenciales para optar ya entonces a tan alta representación cultural en el mundo de habla hispánica.

Contaba Venezuela con antecedentes de gran significación. Mediado el siglo XIX, figura tan procerca como la de Andrés Bello, en el campo de las letras y del estudio del lenguaje, no había podido menos de ser mirada con grata atención por la Real Academia Española. Recordemos, como dato muy significativo entre otros, el de la autorización que dicha Real Academia solicita de Bello, en 1852, para adoptar y editar el tratado de Prosodia Castellana escrito por el sabio caraqueño, porque examinados todos los que se habían publicado hasta entonces, considera —dice textual-

mente la Academia— que el tratado de Bello es el más satisfactorio. Pero además, cuando el año anterior Don Andrés envía a Madrid un ejemplar de su recién publicada *Gramática Castellana*, la misma Academia se apresura a reconocer —son palabras textuales— “el laborioso celo y profundos conocimientos” de nuestro autor; y rompiendo todo precedente en su historia de ya casi siglo y medio, acuerda por primera vez y por unanimidad de sus socios nombrar a Bello académico con diploma de miembro honorario; honor que algunos años más tarde, al crearse el nuevo título de académicos correspondientes, le fue cambiado por el de esta última denominación.

Al lado de Bello, pero con la ventaja de su residencia habitual en España, y bien conocido en el ambiente literario madrileño, nuestro Rafael M^º Baralt, hablista de rango bien distinguido, entra también con excepcional honor, en 1853, a pertenecer como académico de número de aquella ilustre asamblea de eminentes letrados; primer y único caso de un hispanoamericano que, residenciado ya adulto en Madrid, haya alcanzado tan señalada distinción.

Pero estos nombres señeros de Bello y de Baralt, adelantados de la ciencia del lenguaje, tuvieron influjo estimulante aquí entre sus coterráneos, pues a poco la obra de otros escritores nuestros no sólo venció las fronteras patrias, mas aún fue tomada en cuenta por la misma Academia matritense, que luego a luego fue honrando a varios de aquellos escritores, nombrándolos asimismo Académicos Correspondientes. Entre éstos no podía faltar un nombre dignísimo por todos respectos y esplendente en nuestros anales literarios, incorporado

a aquella Academia en 1869: Cecilio Acosta, cuya asidua colaboración con atildadas cédulas lexicográficas, que regularmente enviaba para el Diccionario, tuvo muy en cuenta la Real Academia, en cuyo archivo aún se guardan con veneración tan preciosas fichas manuscritas. Y bien será advertir de paso que Acosta, tan pulcro en su estilo y tan conocedor del tesoro lingüístico de los clásicos españoles, nunca fue —como pudiera pensarse— un “purista” en el sentido negativo que suele darse a esta palabra; antes bien abogaba por la incorporación, tantas veces inexcusable, de voces de otras lenguas inexistentes en la castellana, dado que las necesidades sociales a menudo triunfan de las previsiones académicas. Esta explícita declaración se la escribía Acosta a su íntimo amigo y también aventajado lingüista Ricardo Ovidio Limardo, quien pensaba de igual modo y escribía sobre esos temas. Y también Limardo, residente por varios años en Europa, fue por entonces incorporado como académico correspondiente. Como lo fueron igualmente aquel fino poeta caraqueño Juan Vicente Camacho y el ágil prosista y orador Pedro José Rojas. Ni fueron éstos los únicos al correr de algunos años más.

Se funda la Academia

Así las cosas, y dado el florecimiento que va alcanzando la cultura literaria en la Caracas de la segunda mitad del siglo XIX, al socaire de los alucinadores años de la autocracia guzmancista, el grupo de escritores con título de académicos correspondientes consideró que era ya tiempo para que también en Venezuela se estableciese la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, de modo análogo a las ya existentes en otras naciones hispanoamericanas, como Colombia, Ecuador, Méjico y El Salvador. Estas Academias Correspondientes habían sido autorizadas y fomentadas por la de Madrid con su decreto de 24 de noviembre de 1870.

El Presidente de la República, Guzmán Blanco, en pleno esplendor de su segunda gestión ejecutiva, período llamado del “quinquenio”, informado de los propósitos de los académicos, no dudó en darles el más decidido respaldo y a la vez comprendió que la definitiva instalación de la Academia podría ser uno de los actos solemnes del nutrido programa con que la nación se aprestaba a conmemorar el centenario del nacimiento del Libertador.

Todo lo más granado de la intelectualidad nacional, de asiento en Caracas, va incorporándose desde entonces, en ininterrumpida sucesión, a las filas de la Academia.

Ya desde su misma fundación, y no embargante la autocracia del régimen guzmancista, la Academia ha tenido en cuenta siempre, para la escogencia de sus miembros, solamente la labor de escritores que se señalan por el buen uso del lenguaje. Y si en el correr de los años no llegó alguna vez a contar en su seno a personas que en ello se distinguieron, debióse a su prematuro fallecimiento, luego de un lapso en el cual no vacó ningún sillón de miembro de número.

Nombres inolvidables

Bien decía en el resumen de las Actas del primer año de labores el Secretario J. Calcaño que el recinto de esta Academia —son sus palabras— “es campo donde nos abrazamos como hermanos a quienes domina un solo pensamiento: el culto divino de la idea”. Y

añadía, luego de recordar los nombres de los escritores más ilustres de los años subsiguientes a la independencia: “El rastro de luz que en el cielo de nuestras letras han dejado aquellos venerandos patricios nos servirá de estímulo y guía en la perseverante labor de que estamos encargados.”

Y a fe que ese mismo espíritu siguió transmitiéndose a las sucesivas generaciones de académicos. Y quienes al presente nos hallamos con el grave deber de continuadores de empresa tan señalada de cultura ciertamente reconocemos que en la ya crecida lista de académicos que en más de tres cuartos de siglo nos han precedido hallamos un tal ejemplo y legado de dignidad y laboriosidad que es el mejor acicate para nuestra vida de académicos; pero además es motivo de justificado orgullo para la cultura nacional que desde 1883 ha contado siempre con una institución en la que se han agrupado la mayoría de sus más pre-ocupados hombres de letras. Refiriéndonos ahora solamente a quienes en el pasado nos precedieron, y cuya recordación hemos de conservar como estimulante legado, es grato contar entre ellos a más de una treintena de conspicuos prosistas, eruditos en el campo de la filología y de la crítica, de la historia, como del ensayo y la oratoria, algunos de cuyos nombres mucho nos dicen y nos dirán siempre; como los de los Calcaño (Julio y Eduardo), José M^{ra} Rojas, José M^{ra} Morales Marcano, Manuel Fombona Palacio, Eduardo Blanco, Marco-Antonio Saluzzo, Ricardo Ovidio Limardo, Francisco Pimentel, Gonzalo Picón Febres, Lisandro Alvarado, Eloy G. González, Santiago Key Ayala, Pedro-Emilio Coll, Jesús Semprún, César Zumeta, Mario Bri- ceño Iragorry, Caracciolo Parra León y otros.

Entre los poetas de bien leídas producciones, que hacen honor a la cultura académica, séanos dado recordar entre otros los nombres de José A. Calcaño, Jesús M^{ra} Sistiaga, Heraclio Martín de la Guardia, Andrés Mata, Juan Arcia, Luis Churión y Jacinto Fombona, cuya obra —por la distancia— ya ha discernido la historia literaria.

En el ameno campo de la prosa narrativa y de ficción no puede olvidarse nunca a los académicos Gonzalo Picón Febres, Francisco de S. Pérez, Luis M. Urbaneja Achelpohl, Manuel Díaz Rodríguez y Casto Fulgencio López.

Hombres eminentes en Derecho, o en Medicina, o en Ciencias Eclesiásticas, con no inferiores credenciales de escritores acrisolados, dejaron en esta Academia vivo recuerdo de sus nombres, tales como: Aníbal Dominici, Esteban Gil Borges, Pedro M. Arcaya, Juan de D. Méndez y Mendoza, José R. Ayala, Jerónimo Blanco, José M. de los Ríos, Tomás Aguerrevere Pacanins, Rafael Villavicencio, Francisco y Jesús R. Rísquez, Santos Dominici, los prelados Monseñores Manuel F. Rodríguez, Juan Bta. Castro y Nicolás E. Navarro y los sacerdotes Rafael Lovera y Daniel Vizcaya.

Forjadores de un nuevo espíritu

Estas simples enumeraciones, aun cuando muy lejos de ser exhaustivas, claramente nos dicen que la Academia ha estado siempre representada por intelectuales que en el uso, conocimiento y dominio del lenguaje han sido prez de la cultura literaria del país. Su obra previa de escritores, legítima credencial para la designación académica, no había pasado inadvertida. Y todos estos escritores, aun aquellos cuya vida lamentablemente se cortó antes de incorporarse, aceptaron siempre formar parte del más representativo senado literario nacional; y ratificaron luego, con subsiguientes y aun más maduras creaciones de su pluma, la

categoría intelectual y artística representada por la Academia de la que eran miembros.

El recuerdo meramente nominal y forzosamente limitado que acabamos de hacer de tantos distinguidos escritores, y en géneros tan diversos, nos indica ya, de manera general, que nuestra institución ha respondido a los altos fines para los que fue creada con hechos que tal vez no siempre se han recordado debidamente o no se han juzgado a su verdadera luz.

Nada más grato y oportuno que señalar, en esta ocasión, algunos de tales hechos cuyo fuerte relieve se impone frente a cualquier apreciación inexacta o equívoca que alguna vez pudiera expresarse respecto de esta Academia.

Ya al final del primer año de fundada, el Secretario de la Academia, Julio Calcaño, trazaba unas pinceladas que muestran, por contraste, el estado de nuestra cultura literaria anteriormente a la existencia de la Academia, y el cambio que luego se experimentó: "¿Tan pronto —dice— hemos olvidado lo que eran las letras en la patria? Escribe el literato en otros países, y todo camino se le allana y le es fácil y le proporciona gloria y bienestar. Mas aquí ¡cuántas cosas no le lastimaban! ¡Cuántas no peleaban contra él!" Y luego de una dolida enumeración de aquellos sinsabores y dificultades de todo orden que desalentaban al escritor, cambia el tono y concluye con estas frases de pleno júbilo: "Ese retablo de dolores ha desaparecido ya: que avanza la cultura social, avanza la civilización; y consiguientemente reconócese la autoridad de la inteligencia y del saber, y las letras obtienen merecido respeto. Nada lo atestigua mejor que la existencia y estabilidad de este cuerpo [la Academia]."

La elocuencia de algunos hechos

La Academia, pues, marca el comienzo y la marcha decisiva de esta etapa renovadora de las letras nacionales, que a su amparo y bajo el impulso colectivo e individual de sus miembros se irán gradualmente imponiendo en la conciencia pública, como factor natural para el debido desarrollo de la vida de la nación.

Y los hechos subsiguientes y concomitantes fueron confirmando cada vez más lo dicho por Calcaño. A partir de entonces, y durante casi medio siglo, muy entrado el primer tercio del presente, le hemos debido a aquellos fundadores de la Academia, verdaderos paladines de cultura literaria, y a quienes les siguieron, muy buena parte —por no decir casi todo— lo que ha alimentado la vida e historia literaria venezolana, en lo que respecta al ámbito de Caracas, y sin demérito de las excelentes labores que se desarrollaban con heroico esfuerzo en otras ciudades del país. Y no ignoramos que todavía al presente no pocos de aquellos trabajos son, y seguirán siendo, de indispensable consulta y referencia, cuando no únicos hasta hoy, en su género, o única fuente para ciertas informaciones.

Como precursor podemos citar al académico José M^º Rojas, compilador de ese gran tomo de más de ochocientas páginas, en cuarto de pliego, de excelente presentación tipográfica, antología y biobibliografía casi enciclopédica de nuestras letras hasta 1875, titulada "Biblioteca de Escritores Venezolanos", libro hoy rarísimo cuanto inapreciable para el investigador.

En rango de casi paralela importancia figura esa otra rara, cuanto valiosa, primera gran antología con el título de "Parnaso Venezolano", publicada en 1892 por Julio Calcaño, en un primer tomo de cerca de seiscientas páginas, con poesías de sesenta autores y den-

sas minutas biobibliografías y críticas de cada uno; más una extensa introducción general, histórico-crítica, sobre los orígenes de la poesía en Venezuela. Obra es ésta también indispensable para información y consulta en los menesteres literarios, ahora como hace varias décadas.

Manuel Fombona Palacio, llamado "el benjamín" de los académicos fundadores, prosista y poeta de exquisita corrección, se adelanta el primero y en forma grande a darles categoría internacional a nuestros poetas, incluyéndolos a la par con otros de España y América en una extensa compilación en la que un tercio de las poesías es de autores venezolanos. En poco tiempo esta obra alcanzó dos ediciones.

El primer libro de historia y crítica literaria sobre cada uno de nuestros escritores, en orden cronológico, lo debemos al eminente académico Felipe Tejera, quien da el título de "Perfiles Venezolanos" a esa obra ya clásica en nuestras letras y de permanente utilidad, y la cual en su segunda edición comprende ciento siete semblanzas de otros tantos autores; más un apéndice que incluye los nombres de más de trescientos escritores que empezaban y eran promesa para un futuro cercano, entre los cuales muchos alcanzaron gran renombre. Estos "Perfiles" demuestran que el académico Tejera tenía un celo ejemplar por promover la cultura literaria. Toma muy en cuenta a los jóvenes, y escribe: "Nos cumple también hacer señalada mención de esa juventud que se levanta como una hermosa promesa para el porvenir de las letras americanas." Se habla a veces de Tejera sólo de oídas, y no con exactitud con respecto a su criterio literario. Se le tilda de demasiado aferrado a una fría preceptiva. Oigámosle siquiera estas frases del libro que comentamos: "...la pasión desmedida por la pureza del estilo sujeta o deprime los naturales vuelos de la fantasía y amedrenta la inspiración. Bueno es que huelgue el pensamiento con su forma nativa, y que la imagen brote de la fantasía como la mariposa de la crisálida; y, en una palabra, que el concepto sea tan amplio y libre como él de suyo lo requiere; sin estrecharlo en moldes que, por artísticos que sean, pueden sin embargo desvirtuar la ingenua expresión de la idea." ¿Habría alguien que no suscribiese hoy tan amplio y equilibrado juicio?

Pero otro mérito tiene Tejera en su haber. Con denodada voluntad mantuvo durante muchos años, como fuego sagrado, las cátedras de literatura en la Universidad Central como materia de cultura general. Y de aquella labor salieron, como primicias bibliográficas del género entre nosotros, dos libros que merecieron repetidas ediciones: uno de Literatura general, por el que se formaron muchas generaciones; y otro de Historia de la Literatura Española, que abarcaba hasta el fin del siglo XIX; obras ambas comparables a las mejores de su tiempo en otros países de habla hispánica.

De sus asiduas tareas lexicográficas en el seno de la Academia, su primer y perpetuo Secretario, Julio Calcaño, que tan eruditas cédulas redactaba sobre vocabulario venezolano para el Diccionario de la Academia Española, pasa luego a desarrollar un extenso tratado filológico de setecientas páginas, que titula *El Castellano en Venezuela*, obra de innegable importancia y única al tiempo de su aparición, recibida con aplauso por la crítica. Si hoy, debido a los modernos estudios etimológicos, no conserva este libro su pleno valor práctico, todavía sigue siendo fuente utilísima de referencia y, sobre todo, quedará siempre como claro ejemplo de preocupación cultural, fomentada en el ambiente de la Academia.

No es nuestro intento hacer una prolija enumeración, aun cuando hay méritos suficientes para que hubiésemos recordado otros nombres de autores y de obras sacados del riquísimo filón que nos brinda la

ya adulta historia de esta Academia. Los casos referidos son meros ejemplos, pero de tal enjundia que ellos bastan para advertirnos de cuánto es deudora nuestra cultura literaria a la actividad y desvelos de la Academia Venezolana.

Permítasenos, sin embargo, señalar estos pocos datos más. Cuando desde 1892 en adelante se publica esa insuperable revista, orgullo de Venezuela y del Continente, *El Cojo Ilustrado*, son precisamente y en buena parte las firmas de nuestros académicos —críticos, ensayistas, poetas, costumbristas y cuentistas— quienes más regularmente contribuyen a la excelencia literaria de dicha revista.

Y cuando en septiembre de 1883, reinante aún la anarquía ortográfica que amenazaba arruinar el castellano entre nosotros, el gobierno dicta el decreto que adoptaba la Ortografía de la Academia Española, es nuestra Academia la que con asidua vigilancia, de la que dan repetido testimonio sus Actas, toma cuenta y advierte a institutos de educación, publicaciones y oficinas, empezando por las oficiales de los Ministerios, de las fallas en que hayan incurrido. Gracias a este celo, poco a poco, lo que parecía imposible se fue logrando, hasta que al fin quedó unificada en Venezuela la práctica de la ortografía, común a todo el mundo de habla hispánica.

Fue la Academia, asimismo, la primera institución —quizás— que se adelantó a establecer regular y periódicamente certámenes de prosa y de poesía, y premios especiales, en diversas épocas; cosa que tanto a los comienzos como luego en distintos lapsos fue buen estímulo de escritores y ocasión para obras de aventajado mérito literario. Caso siempre recordado, entre otros, fue el premio del año 1896, recaído en la obra de Díaz Rodríguez: "Sensaciones de Viaje".

Un legado que debe emocionar

Un día, no sabemos de qué mes, hace ahora cuatrocientos años, por entre el arbolado y los cristalinos riachuelos del entonces riente y apacible valle que habitaban los "caracas", empezaron a oírse, como en tropel y a destiempo, voces confusas y nuevas. Los que las proferían se agrupaban en torno a un bravo capitán, por más señas oriundo del reino de León. Con él y su gente acababa de hacer su entrada, que será de asiento definitivo en estas tierras, la rica lengua que venteaba bajo los regios pliegues del pendón de Castilla. Poco a poco esas nuevas voces se van oyendo ya moduladas en los labios de los pintarrajeados nativos, quienes a su vez irán prestando a la nueva lengua numerosas voces de su propia habla caribe. Pasado siglo y medio, en plena vida colonial, el primer gran historiador de la que ya era galana ciudad de Santiago de León de Caracas y capital de la Provincia de Venezuela, dirá de sus habitantes criollos que "son de agudos y prontos ingenios, corteses, afables y políticos: hablan la lengua castellana con perfección, sin aquellos resabios con que la vician en los demás puertos de las Indias".

Con esa lengua así aderezada se formó nuestro pasado social, religioso y cultural. Con esa lengua así bien hablada y mejor escrita se expresaron, y de qué manera tan precisa y vigorosa, los creadores de la nueva Venezuela independiente. Y con esa lengua en la pluma de Bello y de Baralt y la pléyade de nuestros siguientes prosistas y poetas, en el correr de siglo y medio Venezuela ha hecho honor a aquel legado que fue principio de nuestra cultura, que también aquí en Caracas recibimos, hace cuatro siglos, por manos y en la voz de los capitanes, letrados y misioneros de España.

Legado que jamás deberemos perder, antes conservar sin resabios de los que tan limpio lo hallaba el cronista Oviedo y Baños; resabios que hoy serían otros, pero tan desdorosos como habrían sido los de antaño, sólo que de más peligroso contagio.

En ese legado nos va y le va mucho a la Patria. "Nada simboliza tan cumplidamente la Patria como su lengua", afirmaba aquel sabio y buen patriota Rufino J. Cuervo. Ese legado de nuestra lengua, de la que decía en su tiempo Cecilio Acosta: "es notable todo lo que les debe a escritores nuestros", reclama de todos nosotros estima, sano orgullo y amor. Como se lo tuvieron y demostraron tan de veras los fundadores de esta Academia y sus continuadores en la empresa de promoverlo por todos los medios a su alcance, en una como ejemplar emulación de usar y hacer usar bien la rica, noble y bella lengua hispánica.

Caracas y su ejemplo

Pocos homenajes podrían ser de tanta significación y trascendencia para enaltecer a Caracas como el esfuerzo mancomunado que todos pusieramos en hablar y escribir siempre con corrección, con el respeto y dignidad que el idioma merece. Caracas es hoy, en gran manera, Venezuela. Su prensa, su radio, su televisión, sus actividades publicitarias, cubren al día, en todo momento, todo el territorio nacional hasta sus más remotos puntos. De la corrección y propiedad con que empleen el lenguaje estos poderosos y persistentes medios de comunicación social en sus respectivos menesteres depende hoy mucho —por el influjo que logran— la conservación y acertado enriquecimiento y renovación de ese legado supremo de nuestra cultura. Advirtamos que tal influjo, por la forma tan activa y penetrante como se ejerce, puede ser mucho más decisivo que el mismo de la enseñanza en las aulas. De ahí que la responsabilidad sea grave. Pero debe ser honrosa y asumirse con el contento propio de las buenas causas.

Caracas, cuna de Bello; Caracas, cantada por Pérez Bonalde, dos caraqueños de tanta prosapia cultural; Caracas, exaltada por su "ejemplo" en nuestro himno; ejemplo que tantas veces ha sabido dar en toda suerte de acacimientos y circunstancias, por sentirse como corazón de Venezuela, en una tan gloriosa como larga historia, hoy ya de cuatrocientos años; Caracas debe también ahora, en la persona colectiva de todos sus habitantes, mostrarse como verdadera adelantada en lo que es más peculiar de toda auténtica cultura: el respeto, la dignidad y el buen uso del idioma; cosa que en su raíz es nada menos y nada más que precepto constitucional. Y esta Academia, venezolana y caraqueña, afirma y ratifica hoy y siempre su deber y voluntad de servicio y colaboración en el cumplimiento de los nobles fines para los que fue instituida.